

RUBEN BLADES

DE LA SALSA A ASPIRANTE A PRESIDENTE

«EN PANAMA, PARA SER POLITICO HAY QUE SABER BAILAR»

Rubén Blades, a quien García Márquez llamó el «desconocido más famoso del mundo» tras haber compuesto *Pedro Navaja*, llena estos días plazas y estadios en su gira española. El padre de la salsa comprometida dejará Nueva York para intentar convertirse en presidente de Panamá.

Por JOSE MANUEL GOMEZ

● —Cuando le pregunté a Juan Luis Guerra si se iba a dedicar a la política como usted me dijo: «Rubén Blades lo ha hecho todo en la música, a mí aún me falta mucho camino por recorrer.» ¿Realmente cree que lo ha dicho todo en la música?

—Básicamente sí. El contrato con Sony será el último de mi carrera. *Caminando*, que presentamos esta semana en España, es el primero para Sony y haré uno o dos más. Después volveré a Panamá para quedarme, organizar un partido político y trabajar en mi país, y eso será en esta década.

—¿Cuáles son sus planes políticos?

—Presentar un programa y hablar sobre él. Si quieres que la gente participe en un proyecto, le tienes que explicar primero cuál es el proyecto. La política en Panamá se resume en señores que no se hablan entre sí. En Panamá ni la izquierda sobrevivió como izquierda. Cuando yo estaba en la universidad veía a los intelectuales del partido comunista que teorizaban sobre todas las cosas. Yo les dije: «Ustedes lo que no saben es bailar y por eso no se enteran de lo que quiere el pueblo.»

—El hecho de ser músico le va a

acarrear ataques inusuales para un político convencional.

—Ya lo han hecho desde el mismo momento que anuncié mi entrada en política. Al principio no se entendió bien, los titulares sensacionalistas como «*salsero presidente de la República*» quedan muy bien en los periódicos. El trabajo del político es duro y poco seguro. En cierto período pasaron cuatro presidentes por mi país mientras en el hotel Holiday Inn seguía el mismo pianista. Si quisiera un trabajo seguro me haría pianista de hotel.

—¿No hubiera sido más práctico llegar a un acuerdo con algún grupo en concreto y pactar un programa?

—Ese es el error que quiero evitar, en Panamá todos los grupos están comprometidos con otros intereses de una u otra manera.

—Da la impresión de que la gran diferencia entre la música latina y el rock es la incapacidad de los latinos para contar su historia. Mientras, el rock genera una literatura inmensa. La historia de la música latina parece que se desvanece cuando acaba el baile.

—Correcto. En el rock se fue creando una literatura paso a paso, des- ■■■

«Por Panamá pasaron cuatro presidentes mientras el Holiday Inn seguía con el mismo pianista. Si yo quisiera un trabajo seguro, me haría pianista de hotel»





«Cómo explicas en Nueva York en una canción que las mujeres de mi país aplauden el toque de queda porque obliga a sus maridos a pasar la noche en casa»

■ de Bob Dylan. Nosotros no hemos tenido biógrafos, no hemos tenido estudios. Nosotros somos la sal de la tierra: se toca, se vive, se muere y se olvida.

—Músicos que participaron en los años cuarenta de la función de la música cubana con el jazz no parecían ser demasiado conscientes del momento histórico.

—Hay una sorpresa siempre en el éxito, que se magnifica cuando tú tienes un antecedente latino. Pareces condenado al anonimato. Yo no sé hasta qué punto eso se ve influido por cuestiones raciales o de nacimiento, me imagino que habrá algo de eso. Cuando salí de Panamá hacia Estados Unidos en 1974 salía ya formado con una educación, no sólo en términos intelectuales sino emocionales. Provenía de un lugar y tenía otro parámetro con que juzgar la impresión del éxito.

—¿Cuáles son esos parámetros culturales?

—Yo ya era bilingüe al salir de Panamá. Leía de todo. Muy anárquico, como el Caribe: una mezcla. Si me pregunta cuáles son mis libros favoritos, le diré que Albert Camus me influyó cuando era muy joven. Camus fue el más instrumental por la honestidad implacable de su trabajo. Pero leía de todo, Faulkner, Hemingway. En Estados Unidos no le tenía miedo al pensamiento.

—¿Allí siente la sensación de estar en el exilio?

—Sí y no. Sí, porque estoy lejos de las experiencias que me nutrieron. Pero hay una idea de una sociedad que va más allá de la geografía, de la cultura. Las fronteras las imponen los hombres, por eso no me sentí fuera de lugar. Extrañaba los olores, mis colores, pero no me amedrentaban los nuevos. Dentro de los Estados Unidos nunca me he sentido como un ser de segunda categoría. Ni me he sentido en una posición de subordinación para someterme a un cierto imperialismo cultural o emocional.

—Sin embargo, en los inicios de su carrera en Nueva York era un simple cantante que ejercía de meritorio en los coros. Tuvo que luchar mucho para grabar sus canciones.

—Yo lo sabía. Me di cuenta enseguida del problema cuando hablaba en mis canciones de experiencias latinoameri-

canas. Me encontraba con los latinos nacidos en Nueva York que no tenían información de lo que ocurría fuera de allí. Eran músicos que tenían una influencia tan grande en toda Latinoamérica, que nos inspiraban, que nos movían y que nos habían brindado una alternativa al rock. Cómo explicas una canción que yo escribo titulada *Toque de queda*, cómo le explicas a un tipo que vive en Nueva York lo que significa. Las imágenes de las calles tomadas por los militares en un pueblo que, de pronto, tiene 17.000 nacimientos. Las mujeres estaban felices y les daban las gracias a los militares porque todas las noches sus maridos las *cogen*. Y hay un crecimiento tremendo de la población. ¿Cómo le explicas esa imagen a alguien que no sabe lo que es un toque de queda, que no lo ha vivido, que no lo siente? ¿Cómo comunicas esa imagen? Ese era



mi problema, encontrar la manera de contarlo a través de un idioma emocional. Es un trabajo sumamente difícil que todavía no cesa.

—Cuando escribió «Pedro Navaja», le dijeron en Fania (la compañía que aglutinaba la salsa) que era una canción demasiado larga y luego le chulearon los derechos de autor. Había que tener valor para abandonar una organización que dominaba el panorama salsero.

—Fania hizo mucho dinero en esa

época y luego teníamos que hacer colectas para pagar el entierro de los salseros. García Márquez me llamó un día a propósito de *Pedro Navaja* y me dijo que yo era el desconocido más famoso del mundo.

—Cuando graba «Buscando América» para Elektra (una de las compañías de mayor prestigio en el rock) se introduce en el mercado anglosajón al tiempo que revoluciona, de nuevo, la salsa.

—En Elektra me dieron respeto y confianza. *Buscando América* tuvo un impacto tremendo en Estados Unidos; cuando leyeron las letras, que por primera vez se traducían, se dieron cuenta de que habíamos salido de la época de Xavier Cugat y del «*mami, mami, ven acá, mira, mira mami*». Ese mismo año, con las ventas subiendo a cientos de miles de discos, me retiré de la música y me voy a la universidad de Harvard para graduarme en Leyes.

—Eso era algo que también anuncié que iba a hacer.

—Sí, y no sabe la presión que sentí. Llevaba once años sin ir a una clase. Nunca había ido a una universidad en inglés y, además, era *esa* universidad. ¿Se imagina lo que hubiera sido fracasar? Los titulares serían: *Salsero fracasa en Harvard*. Cuando me gradué comenzó el otro coro: «*Ahora se va de la música, se va para Wall Street*» y lo primero que hice fue irme a Puerto Rico a tocar con la orquesta. Desarticulé las expectativas y me fui para el cine.

—¿Cuál fue exactamente el trabajo con Michael Jackson?

—Fue un encargo. Me llamó Quincy Jones para traducir al español una canción de *Bad*. Yo pensé, «¿qué vaina voy a hacer con un tipo que vende tantos discos y que hace las cosas tan raras que todo el mundo comenta? Quincy me explicó que quería hacer un buen trabajo con la canción. Llegué al estudio y sólo estábamos tres personas: Quincy Jones, leyendo el periódico, el ingeniero Humberto Gatica y Michael. Es un tipo muy trabajador y yo me encontré allí haciéndole repetir una y otra vez. Le decía: «*Puedes hacerlo mejor*». Hasta que todos quedamos contentos. Cuando acabamos me dijo (Rubén imita la voz aflautada de la megaestrella) que era «una de las veces que mejor había cantado en su vida».